

# El sueño encarnaceno...



Evidentemente cuando el Decano de la FaCEA me pidió que escriba un artículo para la revista de la institución sobre el proyecto de **“Alfabetización de Jefes de Familia”**, tenía pensado exponer el funcionamiento del mismo, días de clases, asignaturas, metodologías y otros aspectos relacionados al programa en sí. Pero

después de conversar con Monica Zub Centeno, corresponsal de Última Hora, entusiasmada en las vidas de estas personas, contribuyó a que decidiera cambiar el enfoque.

He leído muchas historias de vidas de famosos como Michael Jordan **“excluido”** del equipo de baloncesto de su colegio, pero su insuperable garra y entrega lo llevaron a ser el mejor jugador de toda la historia.

Si se trata de esmero en educación no se puede olvidar a Alex Chivescu, quien ha afrontado su vida entre orfanato y familias sustitutas por la enfermedad de su madre, pero con la clara misión de cumplir la **“promesa hecha a su progenitora”** de estudiar en Harvard, y así lo hizo, obteniendo el título de Licenciado en Economía.

Liza Murray no queda distante de la emotiva historia de Alex, niña que siempre se ha **“sentido inferior”** a las otras, y que la muerte de su madre no le ha dado otra alternativa que superarse, de salir de las calles como mendiga y empezar a alimentarse con horas y horas de lecturas como escapatoria a una vida oscura, hasta lograr ingresar a una de la más importantes universidades del mundo. Hoy Liza es conferencista y motivadora por excelencia.

Las historias que les voy a narrar no fueron publicadas en libros ni mucho menos llevado al cine como una gran obra; sin embargo, no dejan de tener elementos o factores de superación como los mencionados anteriormente, es más, estas historias son nuestras, son encarnacenas, son paraguayas.

Cristina Giménez es una señora de 60 años del Barrio San Pedro de Encarnación. Cristina no sabía leer ni escribir. El sistema le había **“excluido”** de una educación básica, y peor aún, todos nos habíamos vendado los ojos para no ver...hasta que una iniciativa de la Universidad Nacional de Itapúa y el Rotary Club Encarnación generó un espacio para personas como ella. Era la **“oportunidad”** y Doña Cristina se aferró como si se tratase de una rama después de tanto naufragio, era el brazo que la haría llegar a la orilla, acercarse a un mundo que desconocía, pero que internamente sabía que era mejor.

Incrustada en su casa como si fuera un ancla, un ancla que le imposibilitaba desarrollarse, estimarse, perdida en su propio hogar, **“temía salir de casa porque no sabía si podría regresar... no podía leer los carteles de los ómnibus”**, contaba Doña Cristina. Su persona emergía tan alta como aquellas estatuas que identifican a las grandes metrópolis, el nudo en la garganta complicaba conversar con ella. **“Yo tenía ganas de aprender (...)”** **“yo quería aprender más y más (...)”** **“mis nietos al verme ir a estudiar también lo querían hacer (...)”**.

Sus expresiones llevaban a cuestionarte por unos minutos que parecían horas... quebraba un estigma que parece sencillo, pero llevaba en su interior múltiples obstáculos casi impensables para todos. Doña Cristina hablaba con tanta lozanía, **“no se sentía inferior”**. Su creciente autoestima la había llevado a crear su propio negocio de comidas en el barrio, gracias a aquella charla motivadora de finanzas del Univ. Alejandro Cazafuz.

Don Firmo Bustamante es la otra persona, cuya historia me gustaría narrar. Indemnizado con una olería, pero sin poder hacerla trabajar. Don Firmo no podía diferenciar los números de las letras, no tenía la flexibilidad en las manos como para tomar un lápiz y dedicaba su vida a cuidar bienes de otros por las noches, era sereno de una vivienda, aunque paradójicamente no podía cuidar la suya, donde se encontraban sus pequeños hijos y su señora. Sus ojos mostraban esperanza, sus palabras llenaban el alma como si se tratara de una lluvia aguardada para apagar un intenso calor que incineraba la piel.

En la historia de Don Firmo se muestra las ineficiencias políticas de la EBY, de una relocalización parcial, facilitando herramientas, pero sin la capacitación para utilizarlas. Pero Don Firmo no sólo aprendió a leer y a escribir, sino que aprendió mucho más que eso... Hoy lleva adelante su olería a la par de cuidar a su familia por las noches, de enseñar a su niño que se inicia en el mundo escolar e incentivar con perseverancia al mayor.

Personalmente mi cosmovisión ha cambiado con estas historias, me dieron muestras que la sencillez humana aún existe, me recordaron mis raíces y la existencia de un mundo inalterable en décadas o tal vez siglos. Fueron años los que han esperado estas personas y, de igual manera la educación ha penetrado sus pieles para darles el resto de sus vidas mejores oportunidades.

Me mostró que no se necesitan de grandes recursos para hacer cambiar vidas, sino de personas comprometidas por una sociedad más justa. Me mostró que la voluntad del ser humano bajo la bendición de Dios aproxima a la perfección que hablan los teólogos, y que rendirse no es compatible con la esencia del paraguayo.

Desaprendo aquellas frases del **“así no más”** atribuidas a las personas de tierra adentro para transformar en **“quiero más”, “en una oportunidad más”**... las lecciones de Doña Cristina y Don Firmo han superado incluso aquellas magistrales en la que me ha tocado asistir. **Es un verdadero sueño encarnaceno...**

La utopía de la alfabetización NO se murió con Don Carlos Antonio López, los sueños se pueden alcanzar de la mano de la Universidad Nacional de Itapúa y del Rotary Club Encarnación, y de otras entidades que sigilosamente trabajan hasta que las espaldas duelan...Tal vez lleve sus años, pero los ejemplos de vida de estas personas han mostrado que aunque llegue tarde, vale la pena!

Virgilio Benítez Brites <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Vice-Decano FaCEA UNI - Coordinador del Proyecto de Alfabetización por parte del Rotary Club de Encarnación.